TRIPLE NECROLÓGICA: JIMÉNEZ LANDI, CACHO VIU Y LÓPEZ MORILLAS NOS DEJARON EN EL 97

El pasado año de 1997 ha supuesto un duro golpe para la historiografía española en general y más aún si cabe para la del Krausismo y la Institución Libre de Enseñanza en particular. Lo primero está en consonancia con la talla intelectual de las tres personas que nos han dejado durante ese año, y lo segundo es el resultado de la inestimable importancia que sus respectivas obras han alcanzado dentro de la historiografía intelectual de nuestro país, siendo precisamente sus aportaciones al estudio de los hombres que ligaron sus vidas al surgimiento y desarrollo de la Institución Libre de Enseñanza su principal punto de confluencia.

Comenzando por quien de entre ellos más estrechamente estuvo vinculado a la Institución, hemos de referirnos a Antonio Jiménez Landi. Él fue también quien antes comenzó su andadura por este mundo, allá por el lejano año de 1909, y, por la misma razón, al que la muerte alcanzó en una edad más avanzada (al borde de los 90). Esa longevidad precisamente fue la que le permitió desarrollar una parte de su vida en la propia Institución Libre de Enseñanza, en la que ingresó desde los nueve años —como el propio Jiménez Landi contaba en la que fue su última entrevista (publicada pocos días después de su fallecimiento en *Escuela Española*, 03-IV-1997). Desde entonces las experiencias vividas en la Institución marcarían de forma decisiva su vida. De entre

ellas cabe destacar, sin duda, la influencia que sobre él ejerciera "el maestro" Cossío, a quien Jiménez Landi dedicaría una de sus obras en 1989 (*Manuel Bartolomé Cossío. Una vida ejemplar.* Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil Albert). Empezó su relación con Bartolomé Cossío una tarde de paseo en la que el joven Antonio Jiménez acompañaba a su padre, Pedro, profesor de Matemáticas en la Institución, como a la vez lo había sido su abuelo. Desde entonces, y hasta la muerte de Cossío, su amistad perduró inalterable (ver ob. cit., p. 7-15). Por aquellos mismos años 30 Antonio Jiménez Landi comenzó y finalizó en Madrid sus estudios de Filosofía y Letras, aunque su intención inicial fue la de cursar arquitectura (entrevista reproducida en "Don Antonio Jiménez Landi, 1909-1997", en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, segunda época, núm. 26, julio de 1997, p. 9). Ya en su obra sobre Cossío, Jiménez Landi contaba que la pintura era una de sus grandes aficiones si bien aquél le animaba a decantarse hacia su otra predilección, la escritura, donde mostraba mayores habilidades (ob. cit., p. 12-13).

Pero las circunstancias de esos años llevaron momentáneamente a Jiménez Landi bastante lejos de sus pretensiones pedagógicas, ya que una de las preguntas incluidas en el cuestionario oficial para la oposición a cátedra de Instituto decía así: ¿Ha pertenecido usted a la Institución Libre de Enseñanza? (ver *BILE*, art. cit., p. 9). Y de sobra es conocida la especial animadversión del régimen hacia todo lo que con la Institución tenía algo que ver (puede comprobarlo el lector con una simple ojeada a la obra colectiva *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza.* San Sebastián, Ed. Española, 1940). Tras unos años dedicados a la empresa hostelera en Segovia, en los 50 Jiménez Landi comenzó a trabajar en la editorial Aguilar, donde permanecería hasta su jubilación en 1975 (ver art. cit. p. 9-10). Desde entonces, aunque ya antes también, su principal objeto de interés no fue otro que la Institución Libre de Enseñanza. Y

el resultado ha sido la magna obra titulada *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente,* que comenzó a publicarse por Taurus en 1973 con un primer volumen sobre "Los orígenes de la Institución" y cuya cuarta y última entrega, "Período de expansión influyente", ha salido a la luz recientemente con la nueva edición de la obra completa gracias a una colaboración conjunta de las Universidades Complutense, de Barcelona, de Castilla la Mancha y el Ministerio de Educación y Ciencia (1996). El trabajo de Jiménez Landi es, sin duda, una referencia ineludible para cualquier estudio serio sobre la Institución por la ingente cantidad de valiosa documentación original (véanse los numerosos apéndices a lo largo de la obra) sistemáticamente organizada, tanto cronológica como temáticamente, que comprende. Sin olvidar además el notable apoyo que al conocimiento de la actividad de Giner de los Ríos a lo largo de su vida supone ese mismo trabajo.

Pero con la "Dispersión y ocaso", que tras el exilio y asalto a la Institución, Jiménez Landi narra en las últimas páginas de su obra, este insigne hombre no quiso dejar por concluida ahí ni la obra de la Institución Libre de Enseñanza ni la suya propia y por eso fue el principal artífice de su reactivación desde 1985, a la que debemos hoy la continuidad de su *Boletín* (véase el núm. 1 de su segunda época, 1986, y las conferencias, especialmente las palabras del propio Jiménez Landi, que con motivo del acto tuvieron lugar en el Ateneo de Madrid).

Además de toda esa perspectiva de la Institución Libre de Enseñanza que Jiménez Landi nos ha dejado y que podríamos denominar "desde dentro", por su especial vinculación con la misma, hacia los años 60 se llegó a una coyuntura en la España franquista en que la recuperación historiográfica de las "bestias negras" de nuestro pasado —de acuerdo con la visión oficial— comenzó poco a poco a operarse. En esa labor, y en relación con la Institución Libre de Enseñanza

concretamente, la figura del segundo de los personajes a los que venimos aludiendo, el profesor Vicente Cacho Viu, resultó fundamental. El más joven de los tres y también el último en dejarnos (noviembre del pasado año), se dio a conocer en el mundo universitario con una magnífica tesis doctoral sobre *La Institución Libre de Enseñanza* que sería publicada en 1962 por la editorial Rialp con el subtítulo *Orígenes y etapa universitaria, (1860-1881).* La inicialmente prometida segunda parte de la misma es algo que los historiadores siempre esperamos, pero que finalmente nunca se realizó. En el prólogo que acompañaba a la obra, escrito por Florentino Pérez Embid (maestro de Vicente Cacho en la Complutense y al que seguiría dedicando sus obras hasta el final de sus días), se hace hincapié en la necesidad de emprender ya, un cuarto de siglo después, *sine ira et studio* "la historia de una corriente ideológica que condicionó de modo capital nuestro pasado reciente", tal era, a los ojos del propio profesor Cacho la importancia del Institucionismo.

Y no sólo es esta valoración de la institución Libre de Enseñanza dentro de la historia intelectual de España lo que unió a V. Cacho y a Jiménez Landi, sino que existió un contacto personal entre ambos autores, como recuerda el primero de ellos en su capítulo de agradecimientos al referirse a las numerosas conversaciones que ambos sostuvieron al respecto. (ob. cit., p. 11). Desde su aparición misma la obra de Vicente Cacho sobre la Institución Libre de Enseñanza se convirtió en un clásico de nuestra historiografía sobre la cuestión. Las numerosas sugerentes apreciaciones e inteligentes intuiciones contenidas en la obra hacen que aún hoy algunos de sus aspectos claves sigan vigentes: el carácter minoritario, elitista y esencialmente madrileño del Krausismo, la dimensión dogmática que el racionalismo armónico llega a adquirir en ocasiones etc. También algunos temas como el de la "Cuestión Universitaria" siguen siendo hoy en la obra del profesor

Cacho donde mejor tratados se encuentran desde un punto de vista estrictamente documental.

Pero a partir de esos trabajos iniciales y de su paso por la Facultad de Filosofía y Letras del Estudio General de Navarra (donde explicaba Historia de España), el profesor Vicente Cacho logró una Cátedra en la Universidad Complutense de Madrid y permaneció vinculado a la Fundación Ortega y Gasset, donde tuvimos la ocasión de hablar con él hace unos pocos años, aunque muy brevemente dado que su ya entonces débil salud le impedía recibir visitas con normalidad. Fue ese mismo delicado estado de salud el que le privó, a última hora, de asistir al seminario sobre el krausismo celebrado en octubre del 97 en la Residencia de Estudiantes, clara muestra de que se seguía considerándole uno de los grandes expertos sobre el tema. Con todo, sus materias de interés se diversificaron durante este tiempo, siendo el propio Ortega y Gasset una de las más importantes entre ellas. No en vano se le encargó el prólogo a la edición de las "Cartas de un joven español, 1891-1908" (El arquero, 1991), donde bajo el título "El joven Ortega" hace un buen análisis de los años de formación del célebre filósofo español.

Su otro gran ámbito de trabajo durante estos últimos años se encontraba en Cataluña. Ya en 1984 confeccionó la antología *El modernisme i el nacionalisme cultural* (Edit. La Magrana) y tres años después incluso tradujo al castellano las memorias de Cambó, para acabar con su reciente *Revisión de Eugenio D'Ors 1920, 1930* (Residencia de Estudiantes, 1997). No es sorprendente, por tanto, que Enric Jardí acabara su artículo en "Recuerdo de Vicente Cacho Viu" afirmando: "Cataluña ha perdido uno de los historiadores del centro de España más compenetrados con su espiritualidad" (*La Vanguardia*, 08-VI-1998). De su conocimiento de la realidad catalana y de los orígenes de su nacionalismo da sobrada cuenta el trabajo del profesor Cacho con el que de forma póstuma la *Revista de Occidente* abre su monógrafo sobre el 98.

Con ello desembarcamos en el campo de investigación con el que de manera más reciente se asocia al profesor Cacho, por ser precisamente el mismo año de su muerte en el que ha aparecido su espléndida obra *Repensar el 98*, considerada una de las mejores entre las numerosas aparecidas este año con motivo del centenario del simbólico 1898. Calificado nada menos que como "joya historiográfica" por Javier Tussel en su comentario sobre la obra de V. Cacho, de quien dice" era aceptado como el mejor especialista en el campo de la historia intelectual del período finisecular" *(La Vanguardia*, 01-IV-1998). Un libro en el que V. Cacho desarrolla la tesis de que lo que aconteció en la mentalidad colectiva de nuestros intelectuales no es un fenómeno tan particular y atípico, como demuestra al relacionarlo con lo acontecido en Francia tras 1870, por ejemplo (véase su "Introducción"). Una idea que ya sostenía en su "Joven Ortega", donde habla de los "grandes desesperados europeos" (p. 38). Rompe además en esta su última obra con el tópico de que Azorín acuñase el término de generación del 98, paternidad que atribuye a Ortega (circunstancia que también había apuntado antes y que ahora solamente reitera). Con todo, para Tussel, es la comparación entre Madrid y Barcelona lo más original de la obra de V. Cacho, hecho factible por el mencionado buen conocimiento de ambas realidades y que nunca perdió de vista.

En este mismo terreno se desenvolvió la obra de nuestro último personaje, Juan López Morillas, que también partiendo de una temprana obra sobre el krausismo acabó extendiendo sus trabajos a los intelectuales finiseculares y al propio Ortega. Y ambos, Cacho y Morillas, figuraron entre los cuatro invitados que en 1982 se reunieron en un estudio de la segunda cadena de RTVE para hablar en torno al krausismo (existe una reproducción del programa en videocassette). Este es el tema al que, a pesar de la variedad de su obra, permanecerá para siempre ligado López Morillas. No es que con

ello se pretenda minusvalorar el resto de su obra, sino que su papel en la historiografía sobre los krausistas ha sido determinante por el carácter pionero de su obra *El krausismo español. Perfil de una aventura intelectual* (FCE, 1956). Obra que —como el autor dice en el prólogo a la segunda edición (1980)— circuló de manera clandestina por nuestro país en aquella época e incluso, algunos capítulos, en forma manuscrita entre estudiantes (p. 15). Una obra que se ocupa sobre todo del primer krausismo y que enmarca el movimiento en el contexto del atraso cultural de la España del XIX y de los esfuerzos de algunos intelectuales por la europeización.

Un hecho trascendental en todo ello ha sido coyuntura personal de López Morillas, que tras licenciarse en Derecho en Madrid le llevó, en 1935, a los EE.UU., donde se doctoró en 1940 (Universidad de Iowa). Después desarrollaría su actividad intelectual en las Universidades de Brown y Austin básicamente, aunque realizó estancias en muchas otras como la de Harvard, Duke u Oxford, esta ya en Europa. Semejante periplo académico le ha convertido en el principal difusor del krausismo más allá de nuestras fronteras. Aún recordamos cuando durante una estancia de investigación en Oxford todos nuestros esfuerzos por encontrar bibliografía en lengua inglesa sobre el krausismo obtenía por único resultado su obra *The Krausist Movement and Ideological Change in Spain, 1854-1874* (Cambridge : University Press, 1980), traducción de la segunda edición española, que además podía uno encontrarla con cierta facilidad no sólo en las estanterías de otras bibliotecas universitarias británicas, sino también en las librerías de usado de Cambridge.

Por los demás, la brillante trayectoria del profesor Morillas en las universidades norteamericanas se vio recompensada con la cátedra especial como *Ashel Smith Professor* en Austin (Texas) tras su jubilación en 1978 y con el nombramiento, en 1979, de *doctor honoris causa* en la Universidad de Brown (Rhode Islan). Y ostentó otros puestos académicos

de prestigio en Europa también, como el de presidente de la Asociación Internacional de Hispanistas (véase el *Homenaje a Juan López Morillas*, Madrid : Castalia, 1982, p. 12-13). A pesar de su eminente trabajo como eslavista (traduciendo a Dostoyevski al español, por ejemplo) y de dedicarse con éxito a la crítica poética (A. Machado, R. Darío...), López Morillas conservó siempre un vivo interés por el krausismo del que admiraba esa huella ética que había dejado en nuestra sociedad incluso después de 1915 cuando muere Giner (ver *Francisco Giner de los Ríos : Ensayos*. Madrid : Alianza, 1969, "Prólogo", p. 17). Dimensión ética que recalca en la perspectiva literaria del krausismo que el profesor Morillas tan bien indagó (ver *Hacia el 98, Literatura, Sociedad e Ideología*. Barcelona : Ariel, 1972). Y fue precisamente esa figura, la de Giner, la que mantendrá siempre vivo el entusiasmo de López Morillas por el krausismo. El rasgo definitorio de Giner es que fue la figura encargada de trasladar el idealismo krausista hasta la realidad, de dar una dimensión pragmática al dogmatismo racionalista. Con él la acción y la flexibilidad llegan al krausismo para enriquecerlo. Así se pone de manifiesto en su *Racionalismo pragmático. El pensamiento de Giner de los Ríos* (Alianza, 1988), que finalmente pudo acabar al filo de 1986 tras largos aplazamientos desde los años 50 (ver p. 9-11). Pero incluso en algunos aspectos en los que los expertos en general menos han incidido a pesar de su importancia sustantiva para el krausismo, López Morillas hizo un alto en el camino para dedicarles su atención. Es el caso de la influencia del unitarismo norteamericano en el pensamiento religioso krausista, del cual se ocupó en "Una afinidad electiva: G. de Azcárate y W. E. Channing" (incluido en su *Krausismo, Estética y Literatura*. Barcelona : Labor, 1978). No es ninguna casualidad que mientras escribimos estas líneas nos encontremos en Boston, justamente para indagar en mayor profundidad esa relación entre el unitarismo y los krausistas que López Morillas ya bosquejó.

J. López Morillas había nacido mucho antes que V. Cacho y algo después que Jiménez Landi, pero sus días se acabaron en el transcurso de un mismo año, de ese 1997 demoledor para nuestra historiografía intelectual. A diferencia de aquellos ni siquiera su esquela aparece en los periódicos tras su fallecimiento (las otras dos pueden verse en *ABC*, 17-III-97 y *El Mundo* 29-XI-97). López Morillas era un ciudadano norteamericano, pero su desaparición fue igualmente sentida aquí en España. No hemos querido magnificar en absoluto estas lamentables desapariciones en nuestro triple obituario, sino rendir un tributo justo a quienes a pesar de su incesante labor investigadora en pro de nuestra cultura, no han tenido apenas eco alguno. Ni han ocupado las columnas de nuestros principales diarios, ni tan siquiera hemos podido encontrar homenajes en tinta y papel entre nuestras revistas culturales. Por todo ello, parece más necesario y apropiado este recuerdo. A ellos, desde aquí, nuestro homenaje.

GONZALO CAPELLÁN DE MIGUEL